

la leche pura de las nutriciones morales, intelectuales y físicas, la educación, y envenenando la educación tenéis á vuestro arbitrio las generaciones futuras y lleváis vuestra opresión hasta los senos de lo porvenir. Un mundo, en que la madre queda esclava, resulta un mundo sin renovación posible, y un mundo sin renovación posible resulta un mundo sin esperanza. La educación será siempre como el botón y el capullo donde se halla encerrado lo porvenir, y trascenderá por necesidad á cien generaciones. El brahmanismo, al engendrar la casta y herir la más hermosa mitad del humano linaje, torció aquella civilización que hubiera podido procurar los mejores y más sabrosos frutos á las almas, anticipar con grande anticipación los desarrollos y la madurez del espíritu, atrofiado luégo en la parálisis del despotismo. Esta misma desgracia nos hace volver los ojos con más amor y entusiasmo al tiempo en que dominaban los vedas, y en sus inspirados versículos se leía la metafísica de su Trimurti, ó sea su Trinidad incomunicable y divina. En esta Trinidad, como en la nuestra, la segunda persona, Vichnú, es el Verbo, en cuyas entrañas van como encerrados y contenidos los ideales de las cosas. Y como es el Verbo, hase por su virtud intrínseca encarnado en varias y diversas encarnaciones. Y entre estas encarnaciones las dos capitales resultan aquella que toma el nombre de Rama y aquella que toma el nombre de Krichna. En la que toma el nombre de Rama, la segunda persona de la Trinidad india reviste nuestra forma corporal é inspira el poema conocido por el Ramayana, que

tantas y tan luminosas ideas contiene y encierra. En aquella que toma el nombre de Krichna, la segunda persona de esta Trinidad inventa los números, de cuyos senos tantas escuelas han querido extraer y con cuyo auxilio explicar el origen y fuente de las cosas. En verdad, el hallazgo de la numeración india, vulgarmente conocida con el nombre de arábica, merece todas las apoteosis con que haya querido la especie humana engendrarla. Respecto de las matemáticas, cumple un destino tan alto como el destino de las escrituras alfabéticas respecto del lenguaje, y de su fijación depende también el desvanecimiento de los jeroglíficos, explicables tan sólo en aquellos tiempos apartadísimos por las castas sacerdotales. Tal es, en último resumen, la importancia trascendental del período védico en que dominaba por completo el culto á la madre naturaleza, y con el culto á la madre naturaleza el culto á la mujer santificada. Son estos paraísos purísimos tan raros que, cuando llegamos á uno, solemos pararnos y respirar sus perfumadas brisas para confortarnos y seguir el camino que conduce á la plenitud entera del tiempo.

Inmediatamente que las teocráticas y horribles castas sucedieron á la sociedad primera índica, fundada en principios más justos, vino con ellas la esclavitud necesaria del sexo, que perpetúa la vida, no sólo con su fecundidad material, con la educación reservada siempre á él por la naturaleza. Cayó, pues, la mujer bajo el ajeno dominio perdurablemente. La jefatura del hogar, padres ó patriarcas, juzgola implacablemente animal doméstico, me-



nos aún, apropiable cosa. Bajo tal concepto, y en semejante condición, entregábanla bien pronto al marido, quien á su vez la creía joya de su ajuar y no parte de su alma. En cuanto, por la muerte del marido, sale de la tutela de éste, entra necesariamente bajo la tutela del hijo. Así en el pueblo de las castas no se comprendía que la viudez siquiera pudiese dar á las mujeres una triste y relativa libertad. El estado de viuda se consideraba un estado infame. Así la mujer quería morir casada y confiar entierro y honras fúnebres al marido. La que sobrevivía en tal régimen á su esposo, experimentaba en dolorosísima experiencia la imposibilidad completa de su estado. Al verla venir, apartábanse las gentes y acudían á los amuletos más preciosos para preservarse del maleficio de su encuentro. Los muchachos la decían toda suerte de injurias, y apedreábanla, como si la viudez equivaliese al adulterio. Afeitábanla también la cabeza después de vestirla con el sudario de los muertos. Prohibíanla asistir á las festividades faustas, así del pueblo como del hogar. Golpeábanla con crueldad todos sus parientes para castigarla de un estado tan ajeno á su voluntad y tan opuesto á su deseo. La obligaban á maldecirse á sí misma y á maldecir la hora en que nació. Así el resultado final de todas estas injusticias debía encerrarse dentro de un corolario terrible: la viuda india tenía el deber expreso de morir en la misma hoguera que consumía el cadáver de su marido, si deseaba preservarse al menosprecio público y dejar de ser en el mundo y en la vida ludibrio de las gentes. Untábanlas con colirios como si

fueran á casarse, ponían en sus manos los tarros de sacra manteca como si fueran á ejercer la profesión del sacerdocio ó presentar un sacrificio á los dioses, y entraban en el fuego, abrasándose y consumiéndose vivas. Indudablemente la casta religiosa de los brahmanes, deseando manifestar su omnipotencia, disponía esto y otros preceptos, igualmente contrarios á la naturaleza humana, y contrariándola y vencéndola tiranizaba la voluntad é impelía tristemente al giro de sus personales antojos el curso de la vida. La existencia de las castas combate la identificación primitiva de los estados y condiciones sociales. Cada familia debe quedar en su clase, cada clase aislarse dentro de sí misma y huir de aquellas que la subsiguen. Para esto nada como la prohibición del matrimonio entre personas desiguales. Mas como quiera que suelen abundar en las sociedades humanas más las mujeres que los hombres, expuestos por las guerras y otras calamidades á mil contingencias de muerte, imposibles en el sexo débil, disminuyendo el número de viudas, impedían los peligros de una comunicación entre las clases por medio del amor que á todos nos iguala y nos confunde. La prueba de que tal propósito movía esta disposición increíble hállase manifiesta en que coincide con el establecimiento y formación de las castas. El hermoso libro de los vedas dispone que la mujer acompañe al marido hasta la pira donde su cuerpo ha de consumirse, pero no dentro de la pira. Para deducir orden tal de aquellos puros preceptos, necesitó la teocracia tristemente alterar el texto. Y esta su crueldad crece mucho si consi-



deramos que, por una perversión frecuente allí, á la prometida se la creía casada, y estaban prometidas muchas infelices desde dos ó tres años á hombres de sesenta, exponiéndose así á entrar en la viudez mucho antes de haber entrado en la vida. Hasta semejantes extremos llega la barbarie increíble de ciertas supersticiones religiosas.

¡Qué diferencia entre las edades felices de los vedas y las horrorosas edades de las castas! Antes le sonreía todo á la mujer, como el alba sonrío de suyo en el día. Compañera de Dios, completaba la vida del hombre. Ésta jamás entraba en ningún ejercicio sin que lo precedieran las ceremonias religiosas, y toda ceremonia se hallaba precedida por la mujer, en cuya frente se veía el Verbo de la santa universal madre creadora. Pero, en cuanto vino la casta y rebajó á la mujer, alzóse un despotismo sin entrañas sobre aquella sociedad sin ideal; y en cuanto este despotismo sin entrañas de todo se apoderó, con la corrupción de costumbres y el abatimiento universal vinieron las irrupciones continuas é imperó la guerra permanente, determinando en lo alto la conquista y en lo bajo la servidumbre. Antes de tal decadencia los indios obedecían aquella máxima que les recordaba como quien desprecia cualquiera mujer, desprecia en ella también á su propia madre. Y huían de maldecir ó desacatar á la que les había dado la primera leche de su nutrición con las primeras ideas de sus almas toda la vida. Procedieron como verdaderos concedores de la condición humana los tiranos que, para oprimir á toda la sociedad, empezaron por tiranizar á

la mujer. Y, ya lo he dicho, no podían dar prueba mayor de su omnipotencia los opresores ni de su esclavitud los oprimidos, que un suicidio á la mujer impuesto en ciertas circunstancias de la vida. Y se lo impusieron á la viuda que, dadas las costumbres y condiciones de aquella sociedad, podía llegar á tal estado sin haber siquiera visto, y menos conocido, á su esposo. Llamábase al sacrificio de la mujer sobre la pira, donde se consumía el cadáver de su marido, con el nombre de Suthg. Sólo por el fanatismo religioso puede comprenderse y explicarse una semejante demencia. Realmente no estaba prescrita en las leyes, pero la triste habilidad sacerdotal habíala transfundido en tal modo á las costumbres, que superaba en fuerza este consejo á un precepto. La mujer abrasada se convertía en una especie de superior divinidad, y los fieles iban en tropel á erigirla altares y ofrecerla sacrificios. Ennoblecíanse registrando tal crimen espantoso entre sus recuerdos familiares las más ignoradas y humildes familias. Los sacerdotes presentan el holocausto como una grada espléndida y sublime de la escala que conduce á los astros, y desde los astros á los dioses. Como entre aquellos dogmas panteístas se halla la trasmigración, imaginaos qué forma y organismo tomará en sus encarnaciones sucesivas la mujer capaz del sacrificio, y á qué cuerpo tan inmundo irá la egoísta y devota de continuar una existencia maldecida. Así el fanatismo llegaba tan lejos y tenía tal intensidad, que allá en las castas inferiores, imposibilitadas de la cremación, sus viudas, no pudiendo ser puestas en la ho-



guera, para otras clases superiores guardada, enterrábanse vivas en la sepultura de su marido muerto. En pocos pueblos y en pocas edades puede verse tanto, hasta el extremo á que llega la superstición religiosa, como en este pueblo indio y en esta edad terrible de las castas. Mientras la mujer fué digna y respetada vivió la India en el bien moral y material; pero así que desconoció la dignidad en sus mujeres trajo la tiranía, y con la tiranía ¡horror! la conquista.

Entre las instituciones que han menguado el carácter de la mujer india y su influjo en las patriarcales familias, ninguna tan detestable como la especie de compañía sacra, reunida bajo el nombre de mujeres divinas ó esposas de los dioses. El fanatismo llega en sus desvaríos al extremo de trastocar el vicio en virtud y querer que pasen por méritos corrientes acciones abominables. Así el templo se trocaba en burdel y la liturgia en rito de prostitución. Las infelices creían que á sus oídos llamaban voces del cielo, y caían en brazos de carne, sí, en brazos de los sacerdotes. Tal estiércol abrigaba las raíces de sus divinas metamorfosis, que sólo duraban cuanto su juventud. Así que iban para la vejez despedíanlas del templo sus indignos explotadores y las dejaban en las orillas de los ríos ó en las umbrías de los bosques, á merced por completo del viandante, quien decoraba con el nombre de caritativa limosna el precio infame puesto á favores ofrecidos y aceptados en el abismo de tanta degradación. La diosa primitiva, la que habitaba en el cielo como en su hogar, descendió por estos pel-

daños de sucesivas degradaciones al fondo de su horrorosa servidumbre. Un principio tan bárbaro como el principio de las castas necesitaba para su desarrollo tomar como fundamento una perversión tan transcendente á todo el sér social como la perversión femenil, más horrible cien veces que la perversión del varón, por formar el pudor un aroma indispensable al vaso de las divinas elecciones que se llama mujer. Además de tal orden existía otra, religiosa también, llamada con el nombre de bayaderas ó danzadoras sacras. Las vulgares creencias, viendo cómo las estrellas centellean en el espacio y se mueven más ó menos aparentemente allá en sus cielos, idearon, para congraciarse con los dioses, jerarquías de mujeres consagradas á danzar ante los santuarios de la tierra. Cuando la teogonía en sus imperfecciones carece de poder para embargar el sentimiento, propónese con incontrastable firmeza embargar los sentidos. Rehaced el templo antiguo por un esfuerzo de vuestra fantasía y empapadlo en los colores que una luz tropical extiende por la flora india; por las alas de sus aves, parecidas á ramilletes; por sus insectos, parecidos á rica pedrería. Dícese que no ha visto colores quien, por su mal, no ha visto los bambúes cargados de lianas por las márgenes viciosas de ríos celestes, y entre los troncos las serpientes de brilladoras escamas, y sobre los cogollos de palmas, y plátanos, y cocos, las aves, agitando sus plumas mojadas en todos los matices del iris. Para formarse una idea de cómo el color penetra en la retina india, ved, ó las gualdrapas purpúreas puestas en



los lomos de sus elefantes, ó los velos rosa tendidos á la puerta de sus santuarios.

Pues en uno de los templos indios, brillantados por estos colores múltiples; ante los santuarios de oro puro, sembrados de piedras preciosas; entre los pebeteros, despidiendo nubes de aromas por los aires cargados de voluptuosidad, al compás de una música invisible y de unos coros místicos, la bayadera, vestida de blanco lino y adornada con cintas ligeras y guirnaldas multicolores, danza el baile litúrgico que acalora la sangre humana en las venas y hace bajar la cabeza sobre su pecho á los padres dioses para contemplar sus criaturas y recrearse atónitos en esta contemplación. La leyenda se ha gozado en ver las bayaderas surgiendo del seno de las aguas al amor entre las mortales y los dioses. Mas por una contradicción natural á los cultos, que muchas veces, en su desarrollo histórico, no han juntado al sentimiento religioso el sentimiento moral, tales bayaderas, indispensables á la sensualidad nativa de una religión del sentido, carecían de los respetos sociales concedidos á otros seres de inferior estirpe ó más baja categoría. Los mismos que las contemplaban extáticos danzar en el templo y creían estas danzas propicias á su suerte y como una especie de mediación religiosa entre la tierra y el cielo, despreciábanlas luégo en su vida vulgar y no consentían que se asentasen sobre la piedra del hogar junto á la mujer preferida y honrada. Está la historia humana rebotante de tales contradicciones, á primera vista inexplicables. En lo inconsciente hay propensiones indeliberadas, pa-

recidas, por lo infalibles, á los instintos animales. Y el pudor de la familia se anteponía por completo á la misma fe religiosa. Como el sacerdote antiguo hacía de todas estas sacerdotisas una especie de harén sacro, no toleraba el creyente dentro de su hogar lo mismo que reverenciaba y creía cuasi divino en el templo y al pie del altar. He ahí uno de los principales errores á que se hallan sujetas las teocracias, el error de dividir la fe y la moral en dos términos contradictorios y opuestos, cuando deben responder á la unidad del espíritu y deben abrillantar la unidad también de nuestra vida. Imposible que puedan desempeñar ministerios moralizadores y ejercer funciones sagradas y santas aquellos de quienes abominamos en nuestro corazón y en nuestra conciencia. El sacerdote indio, pervirtiendo á la mujer, había cegado el manantial más puro y más cristalino de las verdaderas y santas emociones religiosas.

El destino de la mujer india se alteró á medida que las instituciones políticas se alteraban también. Así, en la edad sublime de los vedas, á la cual podríamos llamar edad evangélica para conocerla mejor, aquel puro culto de la luz, tan cercana de la idea, purificó á la mujer, diosa en el cielo, sacerdotisa en el templo. Sus manos preparaban las hogueras de sándalo que ardían ante las aras de los dioses, y su voz, en agudas notas, iba subiendo, como una oración, desde los hondos pavimentos del altar á la excelsa cumbre del cielo. La flor más blanca de las harinas indias, la miel más dulce de los panales depositados en la corteza de sacrosantos



árboles, aquella leche, recogida en odres benditos y ordeñada de vacas que parecían pertenecer al rebaño de Indra, mezcladas en las artesas litúrgicas por sus manos sacerdotales, componían el manjar digno de las grandes ceremonias. Ninguno de los fieles hubiera gustado el pan sacro sin saber antes que manos femeniles en el templo lo amasaran, pues la mujer, solamente la mujer, tenía derecho á invocar el nombre de la madre santa y universal, en cuyo seno se hallan depositados los gérmenes benditos de la universalidad de los seres y de las cosas. Toda la poesía india compara el fuego sagrado, las chispas subiendo por los aires y el resplandor reflejándose sobre la frente de los dioses, con el alma de la mujer, que lo cuida y que lo atiza en el santísimo brasero y ante las aras divinas. Ella, sólo ella, puede arrojar en los sacrificios la manteca celestial, denominada soma, y que, diluída por las nubes exhaladas de los braseros sacros, disipa su vapor y su perfume divinos en la inmensidad. Aquel fuego, que alimenta el universo con su lumbré y lo esclarece con su éter, quema los perfumes ofrecidos á los dioses por mano de las sacerdotisas, y eleva y abriga los espíritus. Apoteosis verdadera de la mujer esta edad en que su arquetipo formaba parte de la Trinidad protectora del hogar y en que su voz concertaba las plegarias en los templos y sus manos apercebían la comida sagrada; cultura brillantísima lo pulía todo, y el cielo se poblaba de astros, los astros de dioses, como la conciencia de ideas. El influjo de la mujer desde los tiempos más remotos ha dulcificado las costumbres

con las inspiraciones de su dulzura, y apercebido los hombres, así á las empresas heroicas como al cultivo de las ciencias y de las artes. Depositaria del amor, que todo lo ha creado y producido, por virtud y obra de tal fuerza, merece un culto como el prestado por los pueblos primitivos en esa dulce alba del humano espíritu que se llama la India. Edad pura de las revelaciones, edad creadora de las liturgias, edad del germen de todas las ideas fué aquella edad sublime del predominio de la mujer en el templo y del culto á la mujer prestado por los pueblos.

La primitiva religión se pervirtió por culpa de la teocracia invasora y absorbente. Corrompiéronse los dogmas, y de sus diversas corrupciones brotaron las castas. El clero, en su omnipotencia, intentó mantener divididos á los pueblos para mejor juzgarlos, y los pueblos, nacidos bajo el mismo cielo y criados por la misma tierra, dividiéronse y apartáronse, cual si en vez de estar en la patria común estuvieran en asoladora guerra. Compuéséronse las enseñanzas teologales á medida y por el patrón de las humanas ambiciones. El sacerdote, sabiendo como las riquezas prestan poder, acechó los tesoros de sus fieles, trasegando á sus arcas el ochavo de la miseria conseguido de limosna. Los favores de Dios justipreciáronse por tarifas y encabezamientos en la tierra. Una cantidad bien sonante rompe las puertas del abismo infernal y vence á la eterna muerte, transformados los precitos en dioses. La ciencia no cura las enfermedades que sólo ceden al rocío y al sorbo de las aguas lustra-



les, bendecidas en sacras liturgias por manos hieráticas. Hasta las fórmulas de los rezos públicos y privados se mercadean, por no decir chalanean, en apuestas y subastas. El exorcismo vale más que la farmacia, y en todo nervioso desarreglo late un diablo de los mismísimos infiernos. Las indulgencias procuradas desde las riberas de nuestra vida para las horas de nuestra muerte cuestan mucho y hacen de la bienaventuranza como un lugar de delicias usurarias. El templo parece un bazar, mostradores los altares, codiciosos mercaderes los sacerdotes. En el arroyo de aquí está recludo Vichnú, y en la fuente de allá guardadas las lágrimas celestiales, por lo que precisa beber sus aguas ó tomar sus baños. Y á medida que los cuerpos humanos enflaquecen bajo la edad y que los horizontes de la vida se cierran, pone la teocracia en los senderos conducentes desde las cunas á los sepulcros legiones de diablos destinados á ennegrecer los días y años postreros de todos los mortales y á tenerlos al conjuro de tal terror como adscritos á la servidumbre del sortilegio. Así ridículas y brutales ficciones materialistas llenaron el Olimpo indio, que se trocó en una especie de sentina de dioses, puestos en guisa de cadena sobre los hombros del pueblo. Y como toda vida material baja del seno de la mujer, y toda vida moral de su educación, viciaron á las mujeres los impuros sacerdotes para mantener sobre su corrupción y sobre su esclavitud las infames y protervas castas.

De aquí provino, como de fuente venenosa, la corrupción femenil en el paraíso de la tierra y de

la historia. Semejante perversión explica las prostituídas mancebas de los dioses indios, y en los templos y ante los santuarios las viciosas bayaderas. El sacerdote, comprendiendo cómo los placeres voluptuosos estragan, y cómo el estragamiento debilita, y cómo la debilidad sujeta el hombre á la servidumbre, primero del sentido, después del clero, enardeció todas las propensiones sensuales, tan fáciles de despertarse con cualquier reclamo. Los signos de la generación aparecieron en los templos y quedaron consagrados como prácticas religiosas los desenfrenos sensuales. Sacerdotes y sacerdotisas, designados por los instintos sociales á sacras funciones de virtud, tomaron las nocturnas sombras por cubierta de sus vicios y el templo santo por impura mancebía. Desnudábanse las unas en frente de los otros con menos pudor que los animales inmundos, y ya desnudos todos, untábanse con aceites y perfumes destinados á mover la sangre con empuje y abrasar las carnes sobre los huesos. Después ceñíanse las flores que más enardecen, y mascaban las especies que más incendian el corazón y trastornan los sentidos. Hasta en el aire mismo se recogía voluptuosidad, impregnándolo con emanaciones de incienso, mirra, canela, mandrágora, sándalo, cuyas emanaciones varias producían verdaderas embriagueces y daban como epilépticos sacudimientos. Luégo el zumo ardentísimo de las frutas más propias para los trastornos sensuales, en copas varias escanciado, centuplicaba todos los anteriores efectos y oscurecía los ojos de la conciencia interior, cegándola é impidiéndole perturbar con